



NUM. 11.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 15 DE MARZO DE 1865.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.



o hemos tenido nuevas variaciones ministeriales desde la entrada del marqués de Miraflores en la presidencia del consejo. El noble marqués consiguió insacular á los que parecia que no cabian juntos en un saco. Las córtes reanudarán sus interrumpidas tareas despues de Pascua, luego que todos hayamos

cumplido con la Iglesia. Con la conciencia limpia como una patena, cada cual al votar mirará por su alma, y no hay duda que se obtendrán ópimos frutos de una reunion parlamentaria celebrada, digámoslo asi, á la raiz de un dolor de corazon y de un propósito firme de la enmienda. Ya se anuncia que se castigarán los presupuestos, imponiéndose esta mortificacion á los que por sus pecados merezcan mayor penitencia. Veremos si se cumple el propósito.

La famosa causa del asesinato cometido en la calle de la Justa, fue á principios de la semana definitivamente fallada. Eugenio Lopez Montero, condenado á muerte, sufrió su condena en el sitio de costumbre. Por enfermedad del verdugo de Madrid vinieron sus colegas de Valladolid y Valencia, el primero de los cuales dice un periódico, que reclamó como mas antiguo que su compañero el derecho de ejercer su profesion á falta del de la córte. ¡Monstruosa profesion, resto de la barbarie! En Dahomey el verdugo es el primer ministro de S. M. negra: llámase el *miegan*, sentencia, y no cede á nadie el honor de la ejecucion. Esto se comprende entre negros salvajes. Pero que en el siglo XIX las naciones civilizadas hayan tenido un funcionario público encargado de apretar el cuello á los fieles cristianos, parecerá incomprendible á nuestros nietos. Ramon Granados, cómplice de Montero, presencié la ejecucion en la argolla: primer castigo de este género

llevado á cabo en Madrid. Esta novedad atrajo una concurrencia extraordinaria al sitio de la ejecucion. Fenómeno curioso que se observa en los paises civilizados: cuanto mas horrible es el espectáculo, mayor es la asistencia de curiosos que acuden en busca de fuertes emociones. Lo horrible, lo terrorífico, tiene una singular fuerza de atraccion; lo espantoso no solo nos conmueve, sino que parece que nos arrastra y seduce. Satanás posee una especie de infernal belleza que cautiva al mismo tiempo que causa pavor. Los gobiernos debieran evitar estos espectáculos de atractivo satánico; los legisladores debieran suprimirlos.

En cuanto á don Gerónimo Gener, esposo de la víctima doña Carlota Pereira, el tribunal le ha absuelto de la instancia. Esto quiere decir que los jueces han considerado que no está ni demostrado legalmente el delito que se le atribuye, ni plenamente puesta en claro su inocencia. Tal es la distincion establecida entre la *absolucion de la instancia* y la *absolucion libre*. El acusado en ambos casos es puesto en libertad; mas en el primero puede abrirse otra vez la causa si surgen nuevos incidentes, mientras que en el segundo la causa queda definitivamente cerrada, sin que pueda volver á examinarse.

Continúa la insurreccion de Polonia tomando cuerpo, y el jefe de los insurgentes Langievicz aumenta considerablemente sus huestes. En todas las naciones de Europa ha habido manifestaciones públicas en favor de la causa polaca, y se abren suscripciones para apoyar esta causa tan justa y noble. En nuestro pais el coronel polaco don Felix Orodisky, encargado por el comité de Paris para recoger suscripciones en favor de los heridos, ha publicado que las admite en su casa, calle Ancha de San Bernardo, núm. 24, cuarto 2.º El rigor desplegado por el despotismo ruso para ahogar en sangre el movimiento de independenciam, no ha servido mas que para estenderlo y propagarlo. Si los insurrectos pueden resistir hasta la primavera, puede fundarse una gran esperanza de que lograrán triunfar de todos los obstáculos. La Polonia merece ser libre, y estamos persuadidos de que lo será. La unidad de la raza eslava no puede hacerse bajo la esclavitud que impone la Rusia: se hará á la sombra de una libertad federativa, que sin menoscabar la independenciam de cada pueblo, los reuna á todos en un lazo comun. ¡La Rusia al frente de la raza eslava! ¿Qué mayor peligro para el Occidente de Europa? A los intereses de la Europa occidental conviene la resurreccion de la Polonia, y debemos

dar gracias al cielo de que esos intereses estén tan claramente enlazados con el derecho y la justicia.

La epidemia ha cesado del todo en las Canarias, habiéndose ya cantado el Te Deum en Tenerife. Ahora las autoridades deben vigilar para que se hagan todas las operaciones de saneamiento y purificacion que la ciencia aconseja, á fin de que en el otoño no se reproduzca la enfermedad.

De Santa Cruz de la Palma en aquella provincia, nos escribe don Antonio Rodriguez Lopez, autor de la oda que verán nuestros lectores en este número. El señor Rodriguez Lopez, además de esa oda que tiene muy bellos pensamientos, ha escrito dos dramas, uno titulado *Miseria* y otro *Juan Gutenberg*, que ha remitido á la censura. Este escritor desea que hagamos público que escribió su drama *Miseria* en 1857 y por consiguiente seis años antes de que se escribiese por Mr. Carlos Hugo el que lleva por título los *Miserables*, y cinco antes de que Mr. Victor Hugo diese á luz su novela. Nosotros nos apresuramos á complacer al señor Rodriguez Lopez, aunque creemos firmemente que no habrá mas semejanza que la de los títulos entre su drama y el del autor francés. El señor Rodriguez Lopez dice que no ha leído la novela *Los Miserables*: Los señores Hugo tampoco han leído el drama *Miseria*. Es pues muy difícil que se hayan encontrado en el argumento.

Anuncia un periódico que por disposicion del director del Museo Nacional se han colocado en los claustros de la Trinidad algunos de los cuadros premiados en la última esposicion y que los demás permanecen en depósito en la Casa de Moneda por no haber donde colocarlos. Esto prueba, en concepto del periódico que nos da la anterior noticia, cuán urgente es proceder á la construccion de un edificio destinado á *Museo Nacional*. Permitásenos estrañar que haya un director del *Museo Nacional* y no haya un *Museo Nacional*. Esta estrañeza se resume y condensa en las siguientes preguntas: el Museo de Pinturas, ese grande edificio que es uno de los mas bellos, artísticos y elegantes del Prado ¿no es nacional? ¿es de propiedad particular? ¿Lo son todos los objetos que contiene? ¿No se pueden poner en él los cuadros premiados y de mérito, ni se pueden abrir sus salones para esposiciones públicas? Abramos uno de esos libros preciosos que se llaman *presupuestos generales del Estado*. Veamos: «ministerio de Fomento: *Museo Nacional de Pinturas*. Gastos: un director de restauracion y conservador con 15,000 reales; tres restauradores, con sueldos de 9 á 12,000; un forrador

con 5,000; dos porteros y uno vigilante con 4 y 5,000 reales. ¿Dónde están los cuadros que ese conservador tiene que conservar y esos restauradores restaurar? ¿A qué puerta pertenece ese portero? ¿Qué salas vigila ese vigilante? ¿Hay edificio ó no hay edificio nacional? Si le hay ¿por qué no van á él los cuadros premiados? Si no le hay, ¿por qué se pagan empleados públicos para su custodia ordenamiento de cuadros y conservación? Nosotros teníamos entendido que en tiempo de Carlos III se fabricó, por supuesto con fondos del Estado, ese hermoso edificio llamado Museo de Pinturas, agregándole el jardín Botánico, como se fabricaron el de la Aduana, el de la Academia de Nobles artes, y otros muchos. Y entre estos edificios ¿hay alguno que no sea del Estado? Creemos que no: sin embargo personas mas competentes podrán ilustrar la cuestión. Por lo demás nosotros no nos oponemos á que se construya un grande edificio que sea un verdadero monumento elevado á las artes y á las ciencias y en el cual haya departamentos para museo de pintura y escultura, para gabinete de historia natural, para bibliotecas públicas para sesiones de academias, etc., etc.

En el teatro del Circo se ha estrenado con buen éxito en la última semana la comedia en tres actos titulada *Mentiras graves*. Su autor el señor Gomez Trigo ha sabido dar vida á un argumento sencillo, ordenando con naturalidad y maestría las escenas y presentando un cuadro acabado, moral y en que el interés va siempre creciendo. El público que en el primer acto se mostró un tanto frío, en el segundo pareció conmovido y en el tercero se entusiasmó y llamó al autor á las tablas. Nos agrada mucho este género de producciones. La ejecución fue esmerada. También se ha estrenado en este teatro una pieza en un acto titulada *El Autor!* traducida del francés. Esta pieza gustó, y es buena como fin de fiesta, aunque susceptible de grandes mejoras.

En la Zarzuela se ha puesto en escena *Matilde y Molek-Adel* letra del señor Frontaura, y música de los señores Oudrid y Gaztambide. Es una de las mejores producciones de aquel festivo escritor, y el público la aplaude todas las noches haciendo repetir un coro del primer acto y algunos trozos de música por extremo agradables. En esta zarzuela ha hecho su primera salida la señorita Aguado, que obtuvo del público una lisonjera acogida. Esperamos verla en papeles de mas importancia que el que desempeña en esta pieza.

El jugador de manos Mr. Peyres entretiene al público en el Circo de Paul con varias suertes ingeniosas de prestidigitación, magia egipcia, combinaciones sorprendentes y otros escesos. Merece verse el espectáculo.

Se habla mucho de un baile de trajes que se dispone para el domingo de Pascua en casa de los condes de Fernan Nuñez. Cuéntase que el marqués de Molins prepara para este baile una gran comparsa que represente á Isabel la Católica y su corte. En estos trajes dicen que se va á desplazar un lujo extraordinario. Un afamado sastre de París, hombre especial para esto de trajes de capricho, ha estado en Madrid y recibido multitud de encargos. La duquesa de Medinaceli parece que irá vestida de perla y la de Guaqui de pájaro del paraíso. Habrá también trajes mitológicos, históricos, fantásticos, simpáticos, diabólicos, ingeniosos, caprichosos, maravillosos. Ya nos dirán las trompetas de la fama lo que ha pasado y daremos cuenta puntualmente á los lectores.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

TORRE Y CASA SEÑORIAL DE LOS LUJANES.

I.

Hace algunos meses que anunciaron los diarios políticos que el gobierno había pedido informe á los cuerpos artísticos y literarios sobre la significación histórica, la antigüedad é importancia del monumento que lleva en Madrid los títulos que hemos puesto al frente de estas líneas. Manifestaban los periódicos que las reales academias de la Historia y de Nobles artes de San Fernando habían opinado favorablemente á la conservación de la indicada Torre, y daban como cosa ya acordada que sería esta convenientemente restaurada, á fin de que ofreciera á las generaciones futuras digno testimonio del respeto tributado por la actual á las glorias que aquel monumento simboliza.

¿Pero qué glorias son estas? ¿En qué época ó por cual suceso se hizo la Torre de los Lujanes merecedora de ese respeto hasta exigir los sacrificios que se han menester para restaurarla?... Tradición universalmente recibida es en Madrid que se halla unido á la historia de este monumento el recuerdo de uno de los mas gloriosos triunfos de las armas españolas en el suelo ilustrado con las altas proezas de Alfonso V de Aragón y Gonzalo Fernandez de Córdoba, triunfo en que habían ganado inmarcesibles laureles un Hernando Dávalos y un Antonio de Leiva. Las fértiles campiñas de Pavia habían contemplado al comenzar el año de 1525 (24 de febrero) una de las mas reñidas y formidables batallas en que habían disputado el lauro de la victoria

el ardor generoso de los franceses y el noble esfuerzo de los españoles; la estrella de Carlos V había brillado sobre el astro de Francisco I; y este bizarro rey y capitán, destrozadas sus huestes, abandonado de sus próceres fugitivos y derribado en tierra bajo su propio caballo, había caído en poder de los soldados de España. Conducido á la península Ibérica bajo la guarda de Hernando de Alarcon, Francisco I, era aposentado en Madrid y custodiado en la Torre de los Lujanes.

Hé aquí, pues, la general creencia del pueblo madrileño, y la tradición que movia sin duda el ánimo del gobierno á consultar á las reales academias de la Historia y de San Fernando, segun anunciaron los periódicos. Y no otra es la razon que nos pone hoy la pluma en la mano, deseosos de contribuir por nuestra parte á ilustrar un punto de la historia nacional, que tan estrechamente se liga con la de la corte de las Españas. El gobierno, movido del deseo del acierto, juzgó oportuno consultar la crítica histórica y la crítica artística; la investigación gira en efecto dentro de esas dos esferas, y á ellas dirigiremos por tanto nuestras observaciones.

¿Qué fundamentos tiene la tradición que pone á Francisco, rey de Francia, prisionero en la Torre de los Lujanes? En materia de hechos históricos, y cuando se trata de épocas en que pueden ser consultados así los escritores coetáneos como los documentos que á los mismos hechos se refieren, desacuerdo notable, y aun reprensible incuria sería olvidar estas inequívocas fuentes, ya dejando á la tradición correr vaga y sin correctivo hasta estraviarse del todo, ya negándole aquel legítimo apoyo que puede y debe recibir de los mismos historiadores y documentos. Ni fuera lícito, al pensarse en asegurar de una manera digna y conveniente al decoro de la patria, la existencia de un monumento al cual se halla adherida la memoria de suceso tan importante en los anales de la nación española, consentir sin exámen en la perpetuidad de una tradición que careciera de sólida base, ni parecería en modo alguno justificado el que reconocida esta, se mirase aquella con menosprecio, condenando á la destrucción que han padecido otros mil monumentos históricos, el que por ventura todavía la representa.

Los historiadores coetáneos á la gloriosa jornada de Pavia, á la entrada de Francisco I en Madrid y á su prision en la futura corte de las Españas, hasta la famosa concordia que lleva su nombre, son por cierto, sino abiertamente contrarias á la tradición, que le pone en la Torre de los Lujanes, poco favorables á la misma. Es el primero el insigne Gonzalo Fernandez de Oviedo, nacido en Madrid en 1464, mozo de la cámara del príncipe don Juan, que le prodigó su confianza y su cariño, y morador de Madrid á la sazón en que Francisco I era conducido á la futura corte de las Españas. Oviedo, que desde su primera juventud se habia distinguido en la de los Reyes Católicos por la singular diligencia con que recogia en sus memoriales los hechos notables, que produjeron con el tiempo sus aplaudidos libros de las *Batallas y Quinquagenas*, así como aquel noble anhelo del saber daba por resultado al pasar al Nuevo Mundo, la *Historia general de las Indias*, amigo predilecto de los pajes y criados que asignó el emperador al rey de Francia, recogia diariamente en sus libros las anécdotas y demás acaecimientos que al régio prisionero se referian, formando al fin la interesante *Relacion de lo sucedido en la prision del rey Francisco de Francia desde que fue traído á España y por todo el tiempo que estuvo en ella hasta que el emperador le dió libertad*. El antiguo criado de la reina Católica, que asistia de continuo á la prision de Francisco I, y para quien toda circunstancia relativa á este glorioso hecho era de sumo precio y trascendencia, ni una vez sola indica en su *Relacion* que verá en breve la luz pública (1), la idea de que ocupaba el rey la Torre de los Lujanes, manifestando una y otra vez que moraba en el régio alcázar, albergue digno en verdad de un príncipe, y en el cual habían residido los reyes de Castilla durante su permanencia, harto frecuente, en la villa del Manzanares. En sus reales alcázares visitó el emperador don Carlos al prisionero de Pavia, cuando aquejado este de peligrosa dolencia, temieron perderle los próceres franceses que en la prision le acompañaban; allí se celebraron por ambos soberanos las cabellerescas conferencias, que el mismo Oviedo supo consignar con puntualidad estremada: allí recibió el rey de España, dando muestras de refinada galantería, á la discreta Margarita de Valois, duquesa de Alençon, hermana de Francisco, que habia pasado los Pirineos al ruido de la enfermedad que al augusto prisionero aquejaba; y de allí por último partió á pobre hora el mismo emperador, á fin de esquivar como político los empeños á que podía aventurarse como caballero.— Nada hay, pues, en la verídica y minuciosa *Relacion* del madrileño Gonzalo Fernandez de Oviedo, que favorezca la tradición de la Torre de los Lujanes.

Pero si el diligente autor de las *Batallas y Quinquagenas* nada dijo relativo á estos monumentos, pasando por alto la entrada de Francisco I en Madrid, otro escritor no menos digno de crédito y de respeto, el magnífico caballero Pedro de Mexia, que habia hecho ya

célebre su nombre en la república de las letras, con la erudita *Silva de varia leccion* y su *Historia de los Césarés*, escribiendo la *Vida del invictísimo emperador don Carlos V*, no parecia dejar duda en el asunto. «Llegado (Francisco I) á la villa de Madrid (observa), fue aposentado en el alcázar y casa real de ella, teniendo la guarda de su persona el dicho Alarcon (Hernando) con las compañías de españoles que con él habían venido de Italia... La prision (añade) era con toda la soltura y libertad que él queria; y dejábasele salir al campo y á caza cada vez que le placia y en todo le era hecho el placer y buen tratamiento posible» (1). Mexia refiere en consecuencia todos los hechos apuntados arriba, como acaecidos dentro del alcázar y agenos por lo tanto á la Torre de los Lujanes.

Y lo mismo acontece al respetable historiador de Carlos V, fray Prudencio de Sandoval, celoso investigador que casi alcanza los mismos sucesos de que tratamos, y que acostumbrado á fundar la relacion de los hechos en la exhibición de los documentos que los ilustran ó los confirman, nada escribió al trazar el gran cuadro del reinado de Carlos I, sin que lo comprobase con auténticos testimonios, ni aun siquiera mostró vacilación al determinar el edificio que habia servido de prision al rey de Francia: «De Guadalajara (escribe) pasó á Madrid, y aposentaronle en el alcázar, donde estuvo hasta que se le dió libertad» (2). No otra es también la relacion de cuantos escritores tocan en el siglo XVI este interesante punto, contándose entre ellos el muy erudito don Pedro Salazar de Mendoza en su estimable libro *Del origen de las dignidades seculares de Castilla y de Leon* (3), y entre los poetas mas renombrados de aquella edad, el muy estimado en la corte don Luis Zapata, quien en su *Carolo Famoso*, poema nacido para lisongear la grandeza del César, y sacado á luz en 1566, declaraba que Francisco I fue aposentado en el alcázar real, como lo aseguraban los historiadores (4).

¿En qué fundamentos, repetimos, estriba pues, la tradición que ha rodeado del respeto popular á la Torre de los Lujanes?... Los historiadores de aquella edad no autorizan por cierto su defensa. ¿Se apoyará tal vez en los documentos diplomáticos?... Los testimonios mas dignos de respeto en el particular, serán sin duda los que mas directamente se refieran á los principales personajes que en hechos de tal magnitud interviniéron; y entre todos los que pudieran alegarse merecerán en verdad la preferencia los que provengan del emperador que disponia el hospedaje del rey prisionero. En cédula, dirigida al marqués de Elche, dándole el especial e cargo de recibir á Francisco I, le decia desde Toledo en 26 de julio, despues de anunciar la llegada de aquel príncipe: «Yo he acordado que el cristianísimo rey de Francia sea trasladado y aposentado en esa fortaleza; y mi visorey del reino de Nápoles va por mi mandado á mandar hacer y proveer lo que fuere necesario.» Habiendo mencionado el emperador terminantemente en las líneas que preceden á las transcritas, los reales alcázares de Madrid, no cabe duda que hablaba únicamente de esta fortaleza, por demás renombrada en los reinados anteriores. Y como por otra parte es un hecho de todo el mundo conocido que el nieto de Isabel la Católica se hallaba en Madrid, convaleciendo de penosas cuartanas, cuando recibió la fausta nueva de la victoria de Pavia, circunstancia que no sin alguna vanagloria hacia constar poco tiempo despues el ayuntamiento de la Villa parece fundado el suponer que elegia el César esta localidad y su fortaleza como la mas sana y segera, siendo también verosímil que atendiese á que la preparacion del alcázar ofreciera menos inconvenientes, por la misma razon que era con frecuencia habitado, como lo fue despues por la emperatriz doña Isabel con predilección estremada.

Pero no solamente tropezamos con este documento, cuyo origen le da toda autoridad en la investigación histórica, alejando de la famosa Torre de los Lujanes la posibilidad de haber sido prision de Francisco I.— Disponiendo este monarca que su propio secretario entendiese cierta informacion sobre el trato recibido desde que se firmó la *Concordia de Madrid* hasta que se vió restituido en su reino, narrada la postrer entrevista entre ambos soberanos, se decia: «Al otro dia, lunes 19 de febrero (1526) el emperador y el rey se despidieron, y el rey se vino bajo la guarda del capitán Alarcon y otras gentes de á pie y á caballo y fue conducido y restituido al dicho alcázar (Chasteau), en donde habia estado SIEMPRE PRESO (5).» — El emperador de Pavia fuese albergado en sus reales alcázares de Madrid, y el régio cautivo declaraba, por boca de su secretario, que los reales alcázares de Madrid habían sido siempre morada de Francisco I, como lo dijeron repetidamente los historiadores que le alcanzaron en la prision y los que en la segunda mitad del siglo XVI hablaron de la misma. El emperador repitió lo dicho al marqués de Elche, en otros documentos, entre los cua-

(1) *Vida del invictísimo emperador Carlos V*, lib. III, cap. XVI.

(2) *Historia de Carlos V*, lib. XIII, párrafo 10.

(3) Lib. IV, cap. III.

(4) *Carolo famoso*, canto XXVI, oct. 7.^a

(5) *Documents inédits sur l'histoire de France*, Captivité du roi François I, p. 509.

(1) *Historia de la villa y corte de Madrid*, t. II, Apéndices.

les figura la carta que envió á la villa de Madrid, mandándole que proveyese de ropas á la comitiva del rey de Francia. Parece, pues, cobrar toda la evidencia de una demostración histórica que la *Torre y casa señorial de los Lujanes* no sirvió, como la tradición popular asegura, de prisión al generoso y valiente émulo de Carlos V, cabiendo aquella honra, si tal fue, al antiguo alcázar, honrado ya desde la época de los Alfonsos con la presencia de los reyes de Castilla, y asiento predilecto en días no muy lejanos de Isabel la Católica.

¿Qué significa, pues, esta popular tradición? ¿Dónde y cómo nace, se arraiga y se enseorea de las creencias vulgares hasta ser recibida sin contradicción por los hombres doctos y una y otra vez consignadas por los escritores más eruditos?... ¿Qué hay en la *Torre y casa señorial de los Lujanes*, que si no alcanza á justificar del todo tan singular tradición la disculpe á lo menos?...

Puntos son estos dignos de llamar la atención, indicada ya la necesidad de ilustrar cuanto al monumento en cuestión se refiere, dada la iniciativa que ha tomado acertadamente el gobierno, pero que examinados ya los historiadores y los documentos que más directa relación ofrecen con el hecho principal, piden ser tratados separadamente: á verificarlo consagraremos pues otro artículo.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

LA BOTANICA DE LA SUPERSTICION.

La primavera se aproxima; al lado del verde perpetuo de los pinos y de las malezas aparecen revestidos nuevamente de los colores de la vida el campo y las praderas; la naturaleza vuelve á tener animación y aroma, y las plantas empiezan á echar tallos y hojas. Entre las hojas caídas lucha por levantarse el pequeño arbusto con sus hojas de un verde claro, impulsado por el viento vivificador y aspirando á recibir la luz del sol que tiñe sus flores con su bello color. La violeta y la primula, y después la campanilla blanca, son las primeras que aparecen; otro mes trae consigo otras flores y plantas del bosque y del campo, hasta que el tercero las reúne todas. Entonces es cuando se presenta la ciencia con sus aparatos de examen para hacer sus conquistas; á su lado camina también por los montes y los valles con igual celo aunque con distinto fin, la superstición popular que va á hacer sus colecciones. De esta botánica popular y supersticiosa es de la que vamos á ocuparnos para conocer las llamadas plantas mágicas que penetrando en la noche de la vida se oponen ó favorecen á los malos poderes según las virtudes que las ha atribuido la ignorancia.

La antigüedad conocía ya el uso de las plantas para las operaciones mágicas. Como prueba de este conocimiento citaremos á la terrible Medea de la fábula de los argonautas y á la Circe homérica; posteriormente á las hechiceras de la Tesalia, que por medio de bálsamos y de los jugos de ciertas plantas transformaban á los hombres en aves y en asnos, y por último la rica literatura del período alejandrino acerca de las maravillas de la naturaleza, á las que se suponía como dotadas de una fuerza mágica. En la edad media, las mandrágoras y los helechos representaban un papel muy importante; su posesión llevaba en sí la fortuna en todas las empresas, una fuerza corporal inusitada y el don de poderse hacer invisible. Aun en el día se conserva en algunos puntos la creencia en la virtud mágica y misteriosa de cierto número de plantas, de las que nos ocuparemos más detalladamente. Estas plantas se dividen en dos clases, las unas que libran del mal y son plantas protectoras que sirven de amuletos, y las que traen consigo la felicidad; ambas clases se subdividen aun en otras. Las plantas que sirven de amuleto protegen contra la mala voluntad de los hombres y contra los maleficios de las brujas, ó resguardan de los rayos y libran de esterilidad y de orugas á los campos y á los árboles. Las plantas que llevan consigo la felicidad sirven bien para dar la fortuna á su poseedor, ó bien para descubrir los enemigos y los tesoros.

Las plantas que sirven de amuleto son muy numerosas; sin embargo, en el día ya no se cree en su virtud más que en aquellos puntos muy apartados á los que apenas alumbra todavía el sol de la civilización. A esta clase de plantas pertenece la *stachis recta*, planta herbácea del género de las labiáceas, que se encuentra en toda la Alemania, y que cuando se la entierra debajo del dintel de la puerta libra de maleficios á la casa entera. La *gentiana cruciata*, que mezclada con el alimento se da principalmente á los cerdos que están enfermos, y cuyo mal se atribuye á maleficios; la *artemisia vulgaris*, que aleja al diablo de la persona que la tiene en su casa; se decía también que debajo de las raíces de esta planta se encontraban carbones en el día de San Juan, los cuales, bajo ciertas circunstancias especiales, se convertían en oro. La *scabiosa succisa* se creía que libraba de las brujas, pero que echada debajo de la mesa producía querellas entre los huéspedes. La *hedera te restris* es una planta á la que se atribuía una virtud curativa, y que como las ante-

rioros, libraba de hechizos y maleficios. Además el *origanum vulgare* y el *antirrhinum* ahuyentaban á los duendes y á los nixos ó espíritus de las aguas en Alemania; la *ononis spinosa*, que llevándola suspendida del cuello protegía contra los malhechores y ladrones, así como la retama y el enebro libraban al que las llevaba de ser herido por acero. Entre los árboles el sauce, el abedul, el aliso y el tejo, servían de amuleto, pues su madera llevada sobre la piel era el mejor preservativo contra todos los hechizos; las ramas del serbal puestas al lado de la casa servían para protegerla contra toda clase de monstruos y contra las tempestades, pero sobre todo el tilo era el árbol cuya madera se consideraba como sagrada, y el favorito de los dioses y de los hombres en los tiempos antiguos. La corteza del tilo libraba de todo género de hechizos, y la ceniza hecha de su madera y esparcida por el campo servía para ahuyentar los insectos. Cuando á una res que está embrujada se la pega con una vara de tilo, decía la superstición popular, los golpes que se le dan los recibe al mismo tiempo la bruja; las plantas medicinales arrancadas con un instrumento de madera de tilo se suponían ser particularmente eficaces.

A estas plantas consideradas como amuletos hay que añadir las que servían de pararrayos vegetales mucho antes del descubrimiento de Franklin y de la creación de sociedades é institutos meteorológicos; la creencia en su virtud era general, y aun en el día hay puntos en donde todavía se las atribuye un poder especial. A este número pertenecen la *barba Jovis* (*semper virum tectorum* de Linneo), que plantada en el tejado libra á toda la casa de ser herida por el rayo, por lo cual se la ve con frecuencia en las casas de algunos pueblos de Alemania; el espino blanco, la *ogiocanta*, la *bryonia alba*, que es usada aun por las mujeres en algunos puntos para lograr el amor de los hombres, pero ante todas el hipericon ó corazoncillo (*hypericum perforatum*). Esta planta es cogida por San Juan, que es cuando florece, y colgada en las ventanas de las casas; la gente baja de toda la Stiria la considera aun en el día como el mejor preservativo contra los rayos. La tradición cristiana supone que tiene un jugo de sangre, y ve en sus cinco hojas un símbolo de las cinco llagas de Cristo crucificado. Se cree también que libra de las enfermedades producidas por hechizos, y que llevada al cuello escita simpatías y ayuda á descubrir tesoros. Debe citarse después el beleño, que según los serbios y los griegos, siendo arrancado con el dedo pequeño de la mano derecha y atado al dedo pequeño del pie derecho de una joven completamente descalza, sirve para traer la lluvia después de una larga sequía; á la joven á quien se la ataba la planta se la echaba agua por encima con gran ceremonia; esta costumbre existía también antes en Alemania, principalmente á orillas del Rin. Por último, á esta clase pertenecían también las agallas, que se empleaban en diferentes países para librar de desgracias á la casa, y que se colgaban en las vigas de la cocina, y el muérdago, principalmente el que crece entre los avellanos, la *inula helenium*, el *galium verum*, el *eupatorium cannabinum*, etc., etc., que forman los matorrales que se encuentran en las cercanías del bajo Rin, y que se suponía que libraban de los rayos y del granizo. En Westfalia y en el país de Hesse se veían antes las llamadas palmas, puestas con este objeto en los sembrados; estas palmas eran ramas florecientes de sauce, de acebo, enebro, etc., etc.

Entre las plantas que llevan consigo la felicidad, después de la mandrágora y del helecho, ocupa el primer lugar la verbena. Esta planta era considerada como dotada de virtudes curativas y mágicas, no solo en algunos puntos de Europa, sino en el extremo Oriente, en Persia y en la Arabia. Según la tradición cristiana, debe arrancarse con un instrumento de oro ó de plata el viernes santo ó el día de San Pedro y San Pablo. Para los germanos era un talisman en las declaraciones de guerra y en los tratados de paz. A esta clase pertenece también el *Allium victorialis*, planta de monte á la que en algunos puntos la han dado el nombre de «coraza de guerrero» por la forma de la corteza de la parte bulbosa de su raíz. Según la opinión popular, una parte tan bien guardada podía pasar por símbolo de la invulnerabilidad en el combate, y de ser símbolo llegó á ser talisman. De aquí provino el suponer que libraba de heridas, desgracias, hechizos, malos espíritus, etc., y por último, el suponer que ejercía una influencia positivamente favorable. Según los griegos el apio, la cebolla y el ajo, son plantas que traen la fortuna, por cuya razón las ponen en las habitaciones y las cuelgan sobre las puertas. La valeriana es también muy poderosa; da valor y fortuna, y según la creencia cristiana, brotó debajo de la cruz de nuestro Redentor. La raíz de azucena da el cariño de las mujeres; el jugo de la misma flor conserva la frescura de la juventud. La *alchemilla vulgaris* era empleada por los alquimistas para hacer oro. Otra multitud de plantas cuya enumeración sería enojosa, servía según la superstición para atraer el amor de las mujeres, para producir sueño, para hacer fortuna en el comercio, etc.

Además de las plantas mencionadas, había las que eran verdaderamente mágicas que servían para abrir las puertas, para descubrir tesoros y para dar riquezas. En primer lugar, estaba la llamada *noli me tangere*

planta misteriosa conocida solamente por el dichoso pico, pájaro que representa cierto papel tanto en la mitología alemana como en la romana. Para obtener esta planta era preciso clavar el nido de un pico que tuviera cria; viendo el pájaro clavado su nido, echaba á volar y traía la raíz deseada en el pico para hacer saltar el clavo; entonces una persona que estuviera en acecho espantaba al pájaro que dejaba caer al suelo la preciosa raíz. Esta planta era sumamente útil á los que buscaban tesoros y á los ladrones, los cuales podían romper con ella los hierros y cadenas en que se hallaban y abrir las puertas de las casas y las arcos por cerradas que estuvieran. La creencia en la eficacia de esta raíz era tan grande, que aun en el día se ve en las cárceles antiguas de la Suiza, una especie de tablado en donde colocaban á los criminales encerrados, para impedir que tocaran con los pies en el suelo, pues la creencia popular suponía que era preciso tocarle con ellos para que la raíz ejerciera su virtud mágica. En la Suiza se creía que la planta que suministraba esta raíz era la *euphorbia lathyris*, por lo cual era tenida en grande estimación. La superstición de muchas gentes atribuía también á la primula la virtud de descubrir tesoros. Las tradiciones populares citan también muchas veces una flor maravillosa que conducía á los afortunados que la hallaban á un monte lleno de riquezas que se abría á su llegada y donde se llenaban los bolsillos de oro y piedras preciosas; al salir del monte se olvidaban de llevar consigo la flor, pero una voz desconocida les gritaba: ¡no olvides lo mejor! y entonces la cogían porque sin ella no hubieran podido salir del monte. Es posible que esta flor sea la llamada No me olvides y que su nombre venga de esta superstición, porque la tierna historia á que se le atribuye es muy posterior.

Pero si vamos á examinar todos los detalles relativos á las plantas de que nos hemos ocupado, encontraremos que la mayor parte de ellas debían su virtud maravillosa más bien á las circunstancias en que habían sido creadas y á la época en que habían crecido ó las habían arrancado, que á una propiedad especial de que las hubiera dotado la naturaleza. Los días en que se arrancaba una planta mágica, los instrumentos con que se hacía y otra multitud de precauciones que había que observar, contribuían á darla su deseada eficacia; otro tanto sucedía con las plantas medicinales.

La base de toda la magia es la idea de una vivificación de la naturaleza de un dominio de las fuerzas físicas de la misma por la inteligencia. La magia está fundada en esta supuesta dominación de las fuerzas de la naturaleza que producen cierto resultado, el cual no está precisamente en la naturaleza de las cosas sino en la voluntad de la persona que obra ó que da lugar á que la naturaleza manifieste las fuerzas superiores que existen en ella. Así, pues, el hechicero procede bien por un poder propio elevado sobre la naturaleza física y moral, ó solo como representante de un ser más elevado, en nombre de la divinidad omnipotente que se le presenta de un modo espontáneo gobernando y rigiendo el orden de las cosas. La inclinación innata en el hombre de elevarse sobre sí mismo y el deseo de la deificación, le hace aquí igualarse con la divinidad ó elevarse hasta ella y le permite mediata ó inmediatamente influir en el curso de la naturaleza y en la suerte del género humano.

Otro género de magia es el conocimiento de los sucesos venideros y de la suerte de los hombres; esto es lo llamado adivinación. La contemplación profunda é insólita, aunque no completamente clara de los sucesos del mundo, el presentimiento de una cierta regularidad en ellos unido al deseo irresistible de manifestar los pensamientos que hay en el interior de nuestro ser, es lo que ha dado origen á la adivinación. Se comprende bien que tanto la adivinación como la magia solo ha podido formarse cuando el pueblo se hallaba en un estado que corresponde al de la juventud de un ser aislado.

Si el hombre en su estado natural aspira á tener el poder de la divinidad y á influir en el curso de los acontecimientos, se comprende fácilmente que tenga un deseo igual con respecto al conocimiento de su suerte futura para poder dominar de antemano los sucesos y oponerse á los que le sean contrarios; la magia y la adivinación parecen ayudarle en esta empresa, pero ninguna de las dos podría obrar sin medios especiales. A su modo de ver nadie puede suministrarle estos medios mejor que las plantas; la razón de esto está tanto en las particularidades de la naturaleza de las plantas, como en el modo de considerarlas. Entre todas las cosas que nos rodean, las plantas se distinguen para el hombre pensador por la variación sucesiva de su figura que va cambiando de una manera imperceptible hasta el punto de que aun para el más ignorante y común debe aparecer como un desarrollo regular y progresivo de un principio sujeto á reglas determinadas. ¿Qué cosa, pues, hay más natural que atribuir la causa de este fenómeno á una unidad interior, á una especie de alma y considerar á la misma únicamente como el resultado de una actividad oculta, como la manifestación de una vida oculta y profunda?

El hombre se halla siempre dispuesto á reconocer su naturaleza fuera de sí y á identificarse con la que se diferencia de ella. Por esta razón le vemos que trata de

penetrar en la parte oculta de la vida sirviéndose para ello del mundo vegetal que tan necesario le es y que está relacionado de tantas y de tan diversas maneras con su vida, y empleando las plantas mágicas para lograr su designio como si por esto pudiera penetrar en las profundidades de lo desconocido. La época actual ha destruido en mayor ó menor escala esta estéril quimera; en vez de las artes mágicas ha aparecido la ciencia amiga de la verdad; conocer su cámbala es la misión del hombre de los tiempos modernos.

A.

UN DIA DE CAZA.

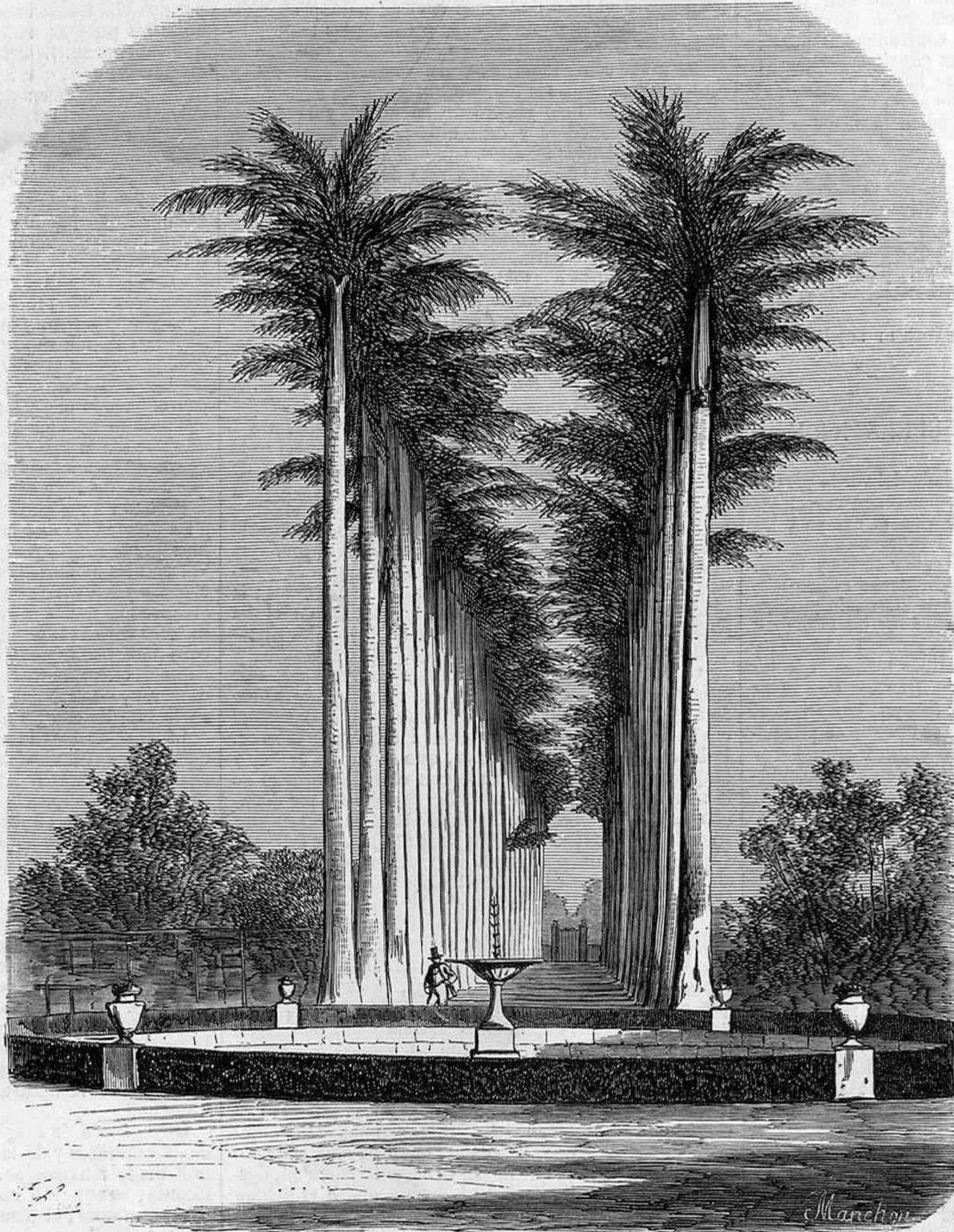
Una tarde que me encontraba de caza en Segura, pequeño pueblo de la provincia de Guipúzcoa, hacia un calor tan intenso, que ni los perros podían seguir pista alguna, ni á mi me era posible resistir por mas tiempo los ardientes y abrasadores rayos del sol. La caza me habia conducido á un bosque que se halla á media legua de unos caseríos cercanos á la población, y fue tal la frescura y el bienestar que sentí al penetrar en aquellos lugares, que dejé la escopeta á un lado, llamé á los perros y me senté al borde de una riquísima fuente de agua mineral que nace al pie de las rocas que se hallan á alguna distancia. El silencio era profundo; parecia que la naturaleza toda se hallaba en la mayor quietud. Hacia pocos dias que llegaba de una gran población, población que recordaba mis penas y mis alegrías, mis tristes afares y mis crueles decepciones, y así es que insensiblemente mi imaginación me trasladaba á aquellos sitios, recordando á los amigos que allí habian quedado, y las afecciones que allí habia dejado. La inmensa soledad que me rodeaba, los tristes recuerdos que á mi imaginación se aglomeraban, todo me convidaba á pensar en cosas que yo queria olvidar. El cansancio que adquirí durante toda la mañana, la hermosa frescura que despedían los árboles que del sol me guarecían, y cierta misteriosa voluptuosidad, me hicieron sin duda cerrar los ojos, trasladándome en sueños, por un momento, á países que no me eran del todo desconocidos y soñé una cosa rara, escéntrica, original.

Soñé que el destino habia dispuesto que como en el término de ocho dias encontrase dos personas que se amasen real y verdaderamente, llegaria á la inmortalidad, pero que si no encontraba lo que se me exigia antes que trascurrieran por completo los ocho dias, aquel seria el último dia de mi existencia é iria á tener por morada el palacio sombrío de Pluton. Yo aspiraba á la inmortalidad, yo deseaba visitar las floridas campiñas del Eden y gozar de la compañía y de la presencia del noble Júpiter. Creí al principio que no era una misión tan difícil la que me habian encomendado, que fácilmente podria hallar lo que buscaba; pero conforme iba trascurriendo el tiempo ví cuán difícil era la comision que se me habia conferido. Pasaba el tiempo y todavia no habia encontrado lo que tanto ansiaba y veia venir con espantosa velocidad, el octavo dia, término del plazo que se me habia concedido. Ví con horror que ya no me quedaba mas que muy poco tiempo; y palpitante, anheloso, sin saber lo que me hacia, empecé á volar envuelto en una densa atmósfera y á dirigirme hácia una calle donde el autor de estas líneas, solia ir antes, des-

graciadamente con alguna frecuencia. Desde lo alto de las nubes donde me encontraba, veia yo cómo se encendian sucesivamente las ventanas de todas las casas, como si fueran constelaciones, y despues ví, que se apagaban una por una, así como se apagan las estrellas á los primeros fulgores del dia. La población se iba sumergiendo en el sueño y el misterio, y entonces

la cabeza y contemplar en un cuarto tercero una jóven que parecia querer abarcar con su mirada todo lo que podia pasar por la calle. En aquel mismo instante, como si la Providencia tomara parte en mis difíciles investigaciones, desaparecieron las nubes que hasta entonces habian ocultado á la luna, y fueron á herir sus rayos el rostro de nuestra desconocida.

Era una jóven como de unos 19 años, alta, esbelta y bien formada; su color mas bien moreno, iluminado por los pálidos rayos de la luna, su boca fresca encerrada por dos labios de coral, húmedos como las hojas de las rosas en las mañanas de abril, su frente serena y espaciosa, su mirada dulce y apacible, esparcian en su derredor un encanto inexplicable. Al ver á una jóven tan bella, tan hermosa y que tan buena parecia, no pude menos de regocijarme, de alegrarme y de creer que ya todas mis fatigas se habian concluido, pues que en ella encontraria, no solo la belleza del cuerpo, sino la del alma, no solo la hermosura, sino la bondad y la virtud. Conforme hacia estas reflexiones ví que la jóven, despues de dirigir una mirada en todos sentidos, inclinó su cabeza hácia la calle y pronunció estas palabras: «Antoñito, ¿estás ahí?» En el mismo instante apareció una sombra de entre las tinieblas de la noche, y fué á coger una cosa que colgaba de una cuerda. Era una llave. Cogerla, aplicarla á la cerradura y subir las escaleras cuatro á cuatro, todo fue cosa de un momento. Ella le esperaba á la puerta. Apliqué el oido porque á poder ser no queria perder ni una sola sílaba de la conversacion que sin duda iba á haber y escuché. —«Gracias á Dios que estás aquí Antoñito,» dijo la jóven, «te esperaba con la mayor impaciencia, pues esta noche ha de decidirse definitivamente nuestra suerte.» —«Bien sabes Elisa cuánto te amo y si estaré dispuesto á hacer lo que tú quieres, respondió Antoñito, pero es tan horrible lo que me propones, que no me encuentro con fuerzas



ESPEDICION CIENTIFICA AL PACIFICO.—CALLE DE LAS PALMERAS REALES EN EL JARDIN BOTANICO DE RIO JANEIRO POR EL LADO OPUESTO Á SU ENTRADA. (FOTOGRAFIA DE CASTRO.)

para ello. ¿No puedes esperar algun tiempo?» —«Imposible,» exclamó Elisa —«es preciso que eso se ejecute mañana, hoy mismo á poder ser.» —«Pero reflexiona...» —«Nada de reflexiones, nada de miramientos, tú conoces mi situacion y conoces tambien mi carácter y sabes que no me dejaré dominar por nada. ¿Es esto lo que me habias ofrecido antes de engañarme y perderme para siempre.» —«Perdóname Elisa, pero yo ignoraba al extremo á que habian de llegar las cosas.» —«Ya te lo he dicho, no hay tiempo de reflexionar, es menester tomar este partido sin vacilacion de ninguna especie; existe un medio, ya te lo he dicho; pero eres un cobarde y no te atreves á emplearlo.» —«Por Dios Elisa, cállate.» —«¿Encuentras alguno otro?» —«¡Pero lo que tú quieres es que cometa un crimen, una infamia!» —«¿Y crees tú que no es un crimen y una infamia, el dejar en la miseria y en la desesperacion á una mujer que te ha sacrificado todo? Yo no quiero hacerte una pintura de lo que yo he sufrido por tí, pero te aseguro que yo no quiero vivir en esta situacion. Es menester que te decidas, porque yo ya lo estoy; por consiguiente ó le echas á tu tío en el té mañana el veneno que te llevaste, en cuyo caso la felicidad nos espera, pues que tú eres su heredero universal, ó me dices que no tienes valor para ello y en este mismo instante me arrojé del balcon á la calle.» Al pronunciar estas palabras

para ello. ¿No puedes esperar algun tiempo?» —«Imposible,» exclamó Elisa —«es preciso que eso se ejecute mañana, hoy mismo á poder ser.» —«Pero reflexiona...» —«Nada de reflexiones, nada de miramientos, tú conoces mi situacion y conoces tambien mi carácter y sabes que no me dejaré dominar por nada. ¿Es esto lo que me habias ofrecido antes de engañarme y perderme para siempre.» —«Perdóname Elisa, pero yo ignoraba al extremo á que habian de llegar las cosas.» —«Ya te lo he dicho, no hay tiempo de reflexionar, es menester tomar este partido sin vacilacion de ninguna especie; existe un medio, ya te lo he dicho; pero eres un cobarde y no te atreves á emplearlo.» —«Por Dios Elisa, cállate.» —«¿Encuentras alguno otro?» —«¡Pero lo que tú quieres es que cometa un crimen, una infamia!» —«¿Y crees tú que no es un crimen y una infamia, el dejar en la miseria y en la desesperacion á una mujer que te ha sacrificado todo? Yo no quiero hacerte una pintura de lo que yo he sufrido por tí, pero te aseguro que yo no quiero vivir en esta situacion. Es menester que te decidas, porque yo ya lo estoy; por consiguiente ó le echas á tu tío en el té mañana el veneno que te llevaste, en cuyo caso la felicidad nos espera, pues que tú eres su heredero universal, ó me dices que no tienes valor para ello y en este mismo instante me arrojé del balcon á la calle.» Al pronunciar estas palabras

abrió el balcon para llevar á efecto la amenaza que habia hecho, pero Antoñito, pálido, desencajado y con la frente bañada en sudor se abrazó á sus rodillas sollozando y exclamó. «Elisa, Elisa, ten piedad de mí, no me amenes de esa manera, pues haré lo que deseas.»

Elisa le levantó, le estrechó entre sus brazos, le cubrió de besos y caricias examinándole al mismo tiempo su fisonomía con una profunda mirada.—Pocos momentos despues estaba Elisa escribiendo á la clara luz de una bujía, una carta en donde pude leer estas palabras.—«Querida amiga: para cuando recibas esta, se habrá consumado el sacrificio de que te hablaba. Necesito oro, mucho oro, y lo tendré; mi vida será una continua fiesta de placeres y embriaguez, que compartida con el que sabes ó cualquier otro, era el sueño y la dicha de toda mi existencia....» Aparté mi vista con miedo y con horror de aquella mujer tan sumamente hermosa en su físico y tan depravada y de instintos tan feroces, de aquella mujer, que con la mayor calma é impassibilidad era capaz de cometer un crimen tan horrendo, de aquella mujer, en fin, que con tanta dulzura é ironía se reía de las justas vacilaciones de su amante.

Entonces yo, desconsolado y desanimado al ver este horroroso cuadro que á mi vista se desplegaba, y al contemplar lo imposible que me seria el encontrar dos almas que se amaran, volví á elevarme á la negra atmósfera que rodeaba á la poblacion y me puse á esclamar. «¡Dios mio! ¡Dios mio! con que todas estas personas no se aman; con que el amor no existe para nada en sus caricias; con que yo no he podido ni podré encontrar dos seres que se amen realmente! ¡Es posible esto Señor, y ya estoy en el último día del plazo, y ya la aurora parece que rompe en el horizonte!» ¿Con que

es cierto, añadí despues de una pequeña pausa, con que no hay remedio? Apenas pronuncié estas palabras, cuando al través de la densa niebla que me rodeaba, ví un espectáculo que me llenó de júbilo y de enternecimiento. En una miserable buhardilla de una calle estrecha y sucia, una mujer estaba esperando

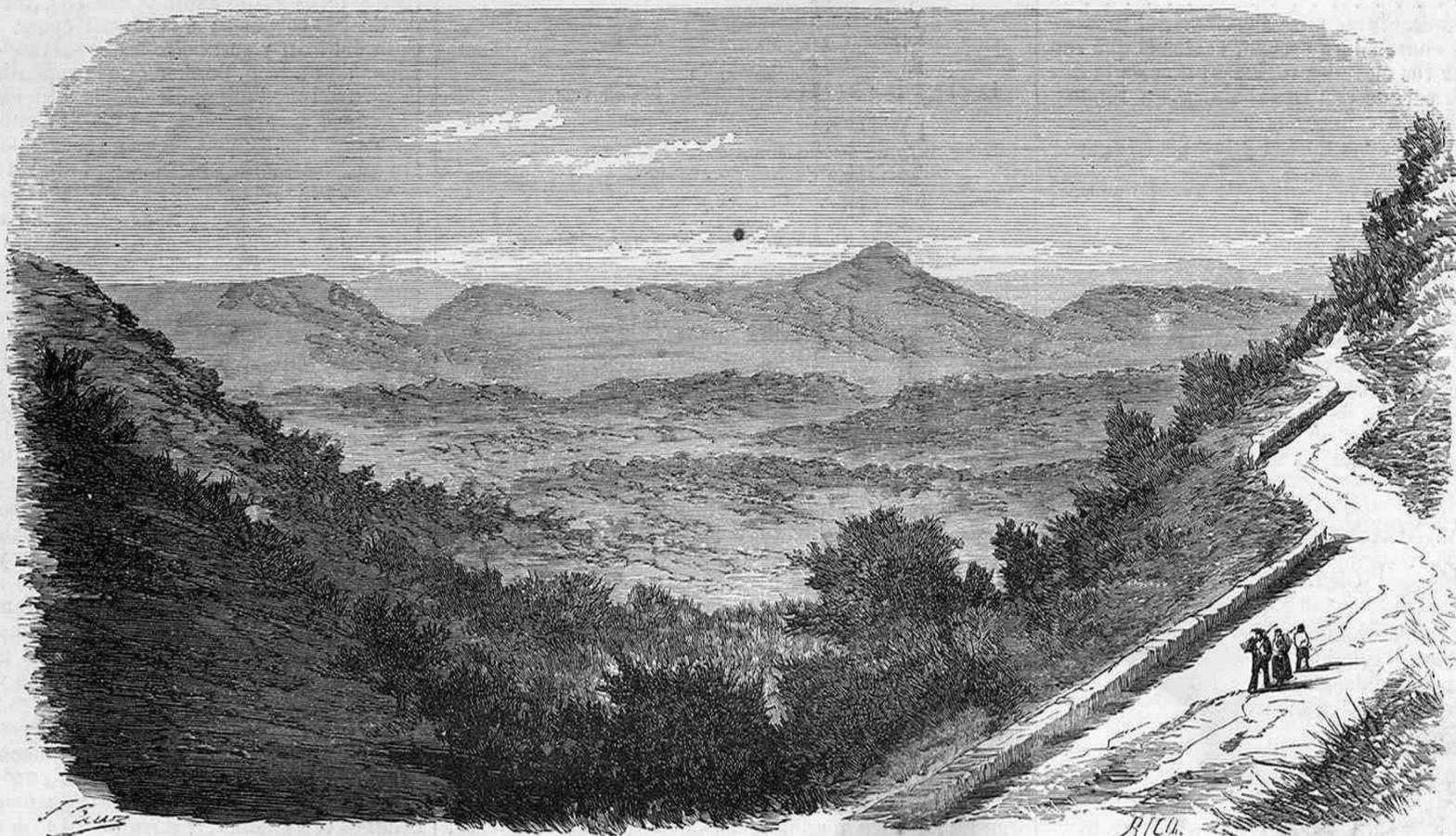
trado en cama seis meses á mi pobre Juan; despues de haber gastado todo lo que teníamos, de haber empeñado hasta nuestras cosas mas necesarias, nos encontramos hace ya dos meses en la mas profunda indigencia. Mi marido sin trabajo y sin poder encontrar quien quiera dárselo, yo debilitada por las fatigas y sin poder

á alguno con visibles muestras de inquietud. Era jóven y hermosa, pero los sufrimientos habian dejado tristes huellas en su fisonomía.

El interior de la habitacion demostraba la pobreza de los que la habitaban y la triste y pálida luz que despedía una vela de sebo puesta sobre una media botella rota, inspiraba una especie de compasion y simpatía hácia los moradores de esta lúgubre vivienda. No se veian en el cuarto mas muebles que un pequeño espejo roto, un par de sillas medio cojas y un mal jergon sobre el suelo, donde dormian con la inocencia propia de su edad dos lindos y hermosos niños. Me acerqué á aquella vivienda, asilo sin duda del llanto y del dolor. Dieron las tres en el reloj de una parroquia vecina y las vibraciones del sonido de la campana fueron á perderse lentamente en las inmensas regiones del vacío. Apenas se perdieron en lontananza las últimas vibraciones, cuando toda la fisonomía de la jóven se alteró completamente. Se levantaba, volvía á sentarse, se paseaba con agitacion, abria la única ventana de la habitacion y respiraba con ansiedad el glacial y húmedo aire de la noche. Otras veces se la veía acercarse en silencio al miserable lecho donde dormian los dos infelices niños, y estrechando las manos contra su pecho, parecia implorar al cielo en favor de estas tiernas criaturas.—«¡Cuánto tarda Dios mio! decía la pobre mujer.»—«¡Cuándo concluirán nuestros sufrimientos.» «Despues de una tenaz enfermedad que ha tenido pos-



HORACIO VERNET.



MÉJICO.—SUBIDA DE LA CORDILLERA DE CHIQUIHUTE.

abandonar mis niños; hoy también nuestra comida ha consistido en un pan que nos lo ha fiado el tahonero, ¡pero y mañana y pasado, no podrán ni querrán fiarnos siempre! ¡Horrible situación! Me siento desfallecer, conozco que voy perdiendo mis fuerzas de día en día, pero no quiero morir, ¡Dios mío! ¿por qué sería de él? ¿qué sería de ellos? ¡Ah! ¿qué mal habremos causado para sufrir de esta manera?»—«Las tres y cuarto,»—dijo después de un momento de silencio,—y todavía no ha venido Juan, ¿se frustrarán nuestras últimas esperanzas? Esta noche salió porque le ofrecieron darle trabajo desde mañana, pero debía estar de vuelta. ¿Y si esas promesas no eran más que vanas palabras? ¿si ha tenido una nueva decepción? ¡ah! lo conozco, quizá desesperado y habiendo perdido completamente su razón, habrá pensado en suicidarse. Sí, sí, continuó desesperada y tomando cada vez más consistencia esta creencia.—«Si tal hiciera, perdonadle Dios mío y dadme fuerzas para sobrellevar este último golpe.»—De repente se sintieron unos pasos acelerados en la escalera y una voz que gritaba «¡María! ¡María!»—«¡Juan,» contestó la pobre mujer corriendo á su encuentro y estrechándole entre sus brazos.—«Al fin ya estás en casa, ¡qué felicidad! cuánto me has hecho sufrir con tu tardanza.»—«Que buena eres María y cuánto te amo,» contestó Juan,—«pero ya se han acabado todos nuestros males.»—«¿Qué dices!»—«Que ya desde mañana tengo trabajo y me han pagado una semana adelantada.»—«¿Será posible?»—«Sí, escucha María, fuí esta noche, como tu sabes, á casa de aquel desconocido, que parecía se tomaba tanto interés por nuestra desgracia, y no te quiero ocultar, que aunque siempre me ha inspirado las más vivas simpatías, creí que sería uno de tantos viajes inútiles como los que llevo hechos en toda esta temporada. Como he sufrido ya tantos engaños y decepciones, estaba ya irritado, y así es que debo confesarte, aunque ahora me arrepiento muy de veras, que estaba decidido á quitarme la vida, si es que otra vez salían frustradas tus esperanzas, porque no tenía valor para verte á ti sufrir juntamente con estas dos infelices criaturas.»—«Ingrato, murmuró María.»—«Sí, ingrato, tienes razón,»—continuó Juan,—«¿pero qué quieres? el hombre á veces se vuelve injusto á fuerza de sufrimientos, y como yo te veía padecer á ti, tan buena, tan honrada, y carecer del pan á estos pobres angelitos, esto me llegaba al alma, y aunque no decía nada, me hacía pasar muy malísimos ratos. Al fin llegué á casa de nuestro bienhechor, y apenas me divisó, me dijo: que desde mañana tendría ya trabajo en su taller, y que como una débil prueba de lo que me apreciaba, tomase el jornal de una semana adelantada. Ya puedes figurarte lo que sentiría al oír estas palabras. Yo no lo puedo explicar; lo único que se decir es, que lloré de gozo como un niño, y que en seguida me puse en camino para darte esta buena noticia y mitigar en lo posible los pesares que sufres por mi causa.»—«No hables así Juan, pues ya sabes que á tu lado desaparecen todos mis dolores; pero ¿cuánto no debemos á nuestro bienhechor, á ese ángel tutelar que ha venido á salvarnos tan oportunamente? ¡Ah! amigo mío; ¡cuán cierto es que nunca deja Dios de su mano á los que imploran su misericordia! Démosle, pues, gracias á Dios y pidamos en nuestras oraciones por nuestro salvador.»—«Sí, María, y que nuestros hijos sea su nombre la primer palabra que lleguen á pronunciar.»—«¿Oh poderoso Júpiter!» me puse á exclamar al presentarse tan tierna y consoladora escena, «estos sí que son dignos de habitar tus elevadas regiones; gracias te doy una y mil veces, porque con tu sabiduría sin límites, me hayas conducido á conocer la virtud, en un mundo en donde tanto se habla de ella y tan poco se practica.»

«¡Oh Rey! tu sublime magestad sabrá recompensar, ya que no mis trabajos, mis nobles afanes, y espero, ¡oh gran Rey! que me será permitido visitar las risueñas riberas del Olimpo.»

Aquí llegué en mis exclamaciones; cuando desperté, un brusco movimiento de uno de mis perros me hizo abrir los ojos, y despertándome, hacerme ver que el Olimpo, Júpiter y todas las demás cosas, no eran más que visiones que había soñado durante aquel instante.

BENIGNO DE REZUSTA.

A LA INVENCION DE LA POLVORA.

ODA.

¿Escuchais los lamentos
Y lastimeros flébilis quejidos,
Que en ecos doloridos
De congoja mortal pueblan los vientos?

¿Quién el amado esposo
Arrebató á las miserables viudas,
Cuyo dolor penoso
Conmoviera á piedad las peñas rudas?

Afligidas doncellas,
Que dais, ajando á vuestra faz las flores,

En dolientes querellas
Adios á la esperanza y los amores:
¿Quién arancó inhumano
Aquel placer al corazón tranquilo,
Y solo os da tirano
Las lágrimas vertidas hilo á hilo?
Huérfanos sin consuelo:
Madres que enloqueceis con el quebranto...
Tú que lo ves ¡oh cielo!
¿Quién las fuentes abrió de tanto llanto?
Escuchad... ¿Qué sonido
Acompaña tan lúgubres clamores?...
Es el clarín, y herido
El parche de guerreros atambores.
Mirad... el sol presente,
Por el fiero rumor que el aire puebla,
El estrago... y su frente
Esconde con dolor entre la niebla...
Ya avanzan... «¡Guerra! ¡guerra!»
Mirad... de hermanos van miles y miles...
Solo alumbrá la tierra
El brillo que despiden los fusiles...
«¡Guerra! ¡muerte!» ¡Rodando
Por las llanuras ó escarpadas breñas
Se arrastran resonando
Las muertes conducidas en cureñas!
Callad, tristes doncellas...
Viudas... huérfanos... ¡ah! ¿qué haceis gimiendo,
Si apaga esas querellas
De la inflamada pólvora el estruendo?
Mirad... ¿Esos millares
De hombres dó están que vuestros ojos vieron?...
¿Que corra el llanto á mares!
¿Como polvo las balas los barrieron!
¿Quien sin órden huyendo
Escapar de la muerte se imagina,
Corre al estrago horrendo
De la inflamada subterránea mina!
¿Guerra! ¡muerte!... Lamentos,
Ayes, y gritos de victoria suenan...
«¡Guerra! ¡muerte!» en los vientos
Rugen los bronces que humeando truenan...
¿Sangre! ¡sangre! ¡la tierra
A sorberla no basta, ya empapada!
¿Sangre! ¡sangre! ¡la guerra
Crece en furor, de sangre embriagada!
¿Lágrimas! Quien aun tenga
Lágrimas que verter, sobre esa pila
De cadáveres venga
A unir las con la sangre que destila.
¿Cráneos en dos partidos...
Rotos miembros... estrañas palpitantes...
Miradlos esparcidos
A la luz de las máquinas tronantes.
¿Qué falta? ¿quien pregone
A la invencion infanda y ominosa
Himnos que al son entone
De la inflamada pólvora nitrosa?...
Ya llegan prestamente,
Con sus tendidas alas enlutando
El nebuloso ambiente,
Los negros cuervos en siniestro bando...
¿Ya los roncós graznidos
Resuenan de sus lenguas agoreras...
Ya al son de mil gemidos
Cantan odas las aves carniceras!

ANTONIO RODRIGUEZ LOPEZ.

HORACIO VERNET.

La muerte ha arrebatado á Francia un gran pintor que había logrado adquirir fama europea como muchos de sus ascendientes.

Emilio Juan Horacio Vernet, nació en París el 30 de junio de 1789, de una familia ya ilustre en las artes. Su bisabuela Antonia Vernet, gozó cierta reputación artística en Aviñón; su abuelo fue el famoso José Vernet, rival de Claudio y de Backhuysen, en los cuadros que se hicieron para Luis XV, y su padre Carlos Vernet, que murió en 1836, fue un famoso pintor de caballos y de batallas, algunas de las cuales se ven aun en la Galería del Louvre. Desde muy temprano Horacio Vernet, manifestó la inclinación á las artes que era hereditaria en su familia y estudió con diferentes maestros, el principal de los cuales fue su padre. Su primer cuadro «La toma de un fuerte» presentado en 1809, se distinguió por una originalidad, que desde entonces ha caracterizado casi todas sus obras, y que puede decirse que ha formado la escuela actual de pintura francesa, mas especialmente en cuanto á asuntos militares. Sus primeros cuadros fueron ejecutados en completa oposi-

ción con las lecciones de la época y aun con el ejemplo de su padre. David y sus discípulos de la escuela clásica, se hallaban entonces en su apogeo; cualquier asunto, aunque fuera de la vida contemporánea, era representado de un modo que tuviera una semejanza convencional con la antigüedad y principalmente con el imperio romano. Horacio Vernet, desde un principio pintó exactamente lo que veía. Sirvió en el ejército y fue sargento en Montmirail; habiendo pasado su juventud en este período guerrero, concluyó por hacerse el pintor histórico de las batallas de los franceses desde 1792. Todos los grandes hechos militares de su época han sido ilustrados por su pincel de un modo tan superior, que sus cuadros, grabados por numerosos artistas, han llegado á ser conocidos en todo el mundo. Antes de 1814, su «Perro del regimiento» y «El caballo del trompeta,» le dieron celebridad y le valieron la cruz de la Legion de Honor que Napoleón I le concedió. En 1819 pintó la Matanza de los mamelucos, cuadro que existe ahora en el Luxemburgo, pero que no es históricamente exacto. Sus Batallas de Jemmappes, Valmy, Hanau, Montmirail y un número considerable de cuadros importantes, fueron pintados de 1820 á 1823. Todos estos cuadros de las grandes acciones del primer imperio, no fueron admitidos en las exposiciones del tiempo de la Restauración, porque el jurado los rechazó, pero Vernet abrió una exposición privada en su estudio, el cual fue muy frecuentado por los de la oposición. El gobierno de Carlos X le atrajo sin embargo poco después, dándole algunas comisiones públicas. En 1825 y 1826 espuso los dos cuadros de Mazepa, del poema de Byron; y en 1827 se le permitió esponer su «Puente de Arcole.»

Habiendo sido nombrado director de la academia francesa en Roma, marchó á dicha ciudad, y el resultado de su estudio de los maestros italianos del siglo XVI, se conoce en el nuevo carácter y en la clase de asuntos de varias obras, algunas de las cuales son bien conocidas de los grabadores, como «La pelea de los dragones pontificios con los salteadores,» «La confesion de un bandido,» «El arresto de la princesa en el palacio imperial,» (estos dos últimos destruidos en Neuilly en 1848), la famosa «Escuela de Rafael» y otros. Cuando la revolucion francesa en 1830, Vernet fue nombrado representante en la corte del Papa, porque la legación francesa que estaba antes, había dejado á Roma, y se cuenta que cumplió sus deberes con tanto acierto, como lo había hecho Rubens cuando fue embajador. En 1836 volvió á Francia y presentó cuatro episodios de las batallas de Jena, Friedland, Wagram y Fontenoy. Luis Felipe le encargó que pintara los inmensos cuadros de la galería Constantina, que tanto asombran á los viajeros en Versalles. Estas obras estaban destinadas á ilustrar las victorias navales y militares de los franceses bajo la dinastía de Orleans. Los asuntos principales son tres episodios del sitio de Constantina, el ataque de la ciudadela de Amberes, la toma del Teniah, etc. Estas grandes obras le ocuparon seis años, y cuando las hubo concluido, Luis Felipe le ofreció hacerle par de Francia, pero Vernet lo rehusó y sus relaciones con el rey fueron menos íntimas á causa de esto. Para pintar con fidelidad sus cuadros de Argel, Vernet se fué por algun tiempo á la Argelia; en aquel tiempo visitó también la Tierra Santa y su Judit y Holofernes, Rebeca en la fuente, Agar echada por Abraham y otros varios asuntos bíblicos, fueron el resultado de sus estudios; á la misma época pertenecen su Caza del leon y su madre árabe salvando á su hijo del poder de un leon. Se dice que la repentina frialdad que le mostró Luis Felipe, fue debida á que no quiso alterar la historia y representar á Luis XIV subiendo al asalto de Valenciennes; porque como es sabido, Luis XIV que era personalmente cobarde, no lo había hecho así.

Vernet hizo también una visita á San Petersburgo donde el emperador Nicolás le recibió con atenciones muy marcadas. Después de la muerte del duque de Orleans volvió á Francia y se restablecieron sus antiguas relaciones con las Tullerías. En 1845 pintó para Versalles (en ocho meses) su gran cuadro de la toma del Smalah, de Abdel-Kader que es uno de los mayores que hay en el mundo; al año siguiente pintó la Batalla de Isly. Para el actual emperador pintó la toma de Roma por el general Oudinot, y en la exposición universal de Francia en 1855, presentó su cuadro del Cólera á bordo de la *Melpómene* y otros, y recibió por ellos una medalla de oro. La Guerra de la Crimea le dió también asuntos para varios cuadros como el de un Episodio de la batalla de Alma, que presentó en la exposición de Londres. Además de las obras que hemos citado y de otras muchas, Vernet pintó un gran número de retratos, aunque en esta clase de pintura no era tan feliz como en las demás; pero su fecundidad es comparable á la de Rubens. Su celibridad es debida en gran parte á su exactitud, á la eleccion de sus asuntos y á la escala en que los ejecutaba. Los críticos franceses no hacen grande aprecio de su arte, pero sus obras poseen dos cualidades que agradan mucho, el movimiento y la claridad.

La carrera de Vernet ha sido un curso no interrumpido de celebridad y de honores; era caballero de varias órdenes extranjeras, y durante su última enfermedad, el emperador Napoleón (que era uno de sus mayores admiradores), le envió las insignias de gran oficial de

la Legion de Honor. Vernet habia hecho una gran fortuna con su pincel. Su muerte ha acaecido el sábado 17 de enero del año corriente y aunque se temia ya, causó una dolorosa sensacion en la multitud de sus admiradores. La familia de Vernet se estingue en él, porque no tenia hijo alguno; su hija única que estuvo casada con el pintor Pablo Delaroche, murió en 1845.

El emperador Napoleon se hizo representar en el funeral de Vernet por el mariscal Vaillant y por un alto empleado de su palacio que se colocaron á los pies del féretro junto á los dos huérfanos del pintor Delaroche, nietos de Vernet, y á la cabeza de la larga hilera de los que hacian el duelo y siguieron con esta modesta comitiva hasta el cementerio. Esta fue la única distincion oficial hecha al difunto que habia manifestado el deseo de que en su entierro no hubiera la pompa militar que hay siempre en los de los oficiales de la Legion de Honor. En su funeral era tal el número de artistas, de literatos y de gente de toda clase que habia acudido á la iglesia, que no cabian dentro de ella.

Vernet era hospitalario, generoso y muy querido de sus amigos; como artista y como particular habia sabido merecer el cariño de sus conocidos y las simpatías de todos sus conciudadanos.

A.

El vapor parece destinado, en cierto modo, á prolongar la vida humana, economizando el tiempo y quintuplicando por lo menos las fuerzas del hombre, ó lo que es lo mismo, produciendo iguales efectos que el movimiento de poblacion. En 1856 se contaban en Francia 6,600 máquinas de vapor, con una fuerza de 350,000 caballos, cuyo trabajo equivale, á razon de 5 hombres por caballo, al de 1.750,000 hombres. Y en cuanto á la economía de tiempo, bastará con indicar que en 1763 empleaban los viajeros 15 días para ir de Edimburgo á Londres por camino de herradura; en 1835, solamente 48 horas, merced á las carreteras y á las diligencias; hoy se emplean nada mas que 10 horas por el camino de hierro.—En 1672 se tardaba un mes en trasladarse de Marsella á París; en 1828 solamente 60 horas; en la actualidad 16.

En un camino frecuentado por 500,000 viajeros, la economía de una sola hora de tiempo por cada uno produce un ahorro de 50,000 jornales de 10 horas, que representan el trabajo anual de 166 hombres, sin aumentar en un solo maravedí los gastos de alimentacion general. Estos mismos 500,000 viajeros ahorrarían hoy comparativamente á 1772, al trasladarse de Marsella á París, 35,200,000 jornales, ó sea el trabajo de 117,333 hombres en un año; lo que equivale al que puede hacer una generacion entera de una poblacion de 9,777 habitantes, calculando 12 años de trabajo útil por individuo de todos sexos, edades y condiciones.

LAS NOCHES DEL PADRE LACHAISE.

I.

LOS CEMENTERIOS DE PARIS.

Antes de desplegar el cuadro á que se refiere el precedente epigrafe, parece oportuno hacer una sencilla reseña histórica de esos vastos y pintorescos asilos de la muerte, llamados con poca propiedad los *Cementerios de Paris*, entre los cuales sobresale como un privilegio aristocrático, el tan célebre titulado del *Padre Lachaise*.

Estas moradas fúnebres, á semejanza de los pueblos orientales, mas que cementerios parecen verdaderas mansiones de recreo, deleitosos jardines artísticamente decorados de monumentales grupos de mármol, alabastro y bronce, representando estatuas en actitudes diversas, urnas funerarias, elegantes nichos y alegóricos emblemas: allí la inspiracion del genio ha creado concepciones fantásticas, prodigios sublimes que prestan al conjunto la ilusion de un vasto museo de escultura y poesia alfombrado de flores, entre bosques de olorosos arbustos y arboladura, bajo umbrosas bóvedas y aromatizado el ambiente por emanaciones purísimas entre el arrullo de juguetona brisa.

Sobre todo, en las altas horas de la noche ese mismo cuadro solitario adquiere un encanto grave y contemplativo, cuando iluminadas aquellas prolongadas alamedas por los rayos de una luna límpida y por las lámparas votivas que suelen arder delante de algunas tumbas, esparciendo en derredor una aureola melancólica; en esas horas de misterioso recogimiento y de languidez tan imponentes, cuando en medio del profundo silencio santificada por la religion y la muerte, óyese allá remoto, como un sordo eco agitado entre el suspiro de las brisas el rumor incesante de la capital del mundo culto, y perdido luego en las neblinas de la noche, el trino melancólico del ruiseñor en la espesura, como el grito de un alma errante al través de las auras, que lanza una plegaria tristísima en ese lenguaje incom-

preensible para el hombre que solo le interpreta como una nota artística perdida en el espacio, sin importancia alguna... ¡oh! todo esto tiene el inapreciable don de un fascinador encanto que conmueve el alma y la comprime bajo la presion del misterio.

Mas de una vez la amistad, bien sea por inspiracion ó por capricho, nos ha dado una cita para esos sitios fúnebres y á los cuales no nos ha llevado jamás una vana curiosidad frívola, que fuera una indigna profanacion en su caso; é impresionados hondamente por ese mismo misterio; el corazon se ha sentido oprimido por un secreto horror, pagando así un justo tributo á la naturaleza misma y á las proféticas inspiraciones de la conciencia y del deber unidos.

II.

Cuatro, ó por mejor decir, tres son los cementerios católicos de Paris, á los cuales relegó la revoluciu fuera de sus muros: antes de ella enterrábanse los muertos dentro de su circuito, y esa gran plaza titulada el *Mercado de los Inocentes*, situada en medio de la ciudad moderna, no era antiguamente mas que un vasto cementerio que cambió este destino por el actual en virtud de una resoluciu del Consejo de Estado, fundada en el riesgo inevitable de una continua profanacion interpretada por la burlesca indiferencia de los vivos hácia los muertos.

Como hemos dicho, son tres los cementerios públicos de Paris; el de Montmartre, el mas antiguo de todos ellos y que se estiende entre las barreras Blancas y de Clichy; el de Monte Parnaso, situado junto á la barrera de este nombre é inaugurado en el año 1824 y el del Padre Lachaise, retirado á un extremo de Paris y junto á la barrera de Aulnay. Por último, inmediato á la barrera del Trono hay otro cementerio privado, llamado de Picpus, pero no se halla abierto al público, conteniendo únicamente las cenizas de algunas víctimas de las catástrofes revolucionarias en 1793.

III.

Prescindiendo por ahora de los demás, trataremos únicamente de el del célebre Padre Lachaise, que se presenta con todo el fastuoso lujo oriental de que son susceptibles en Europa estas venerables mansiones y cuya historia reseñaremos rápidamente ante todo.

Antiguamente el terreno que ocupa era una especie de pradera cultivada en parte y que llevaba el nombre de *Campo del Obispo*. Mas tarde un rico parisiense llamado Regnault lo adquirió á título enfiteutico, construyendo en él un palacio magnifico y convirtiendo aquel terreno, poco antes selvático y casi estéril, en una suntuosa morada que mereció el título de *La locura Regnault*.

Después de algunas vicisitudes posteriores, los hijos de Loyola recibieron como donacion gratuita esta posesion en el año 1705, cambiando su denominacion por la de Monte-Luis y estableciendo allí el centro capital de la sociedad de Jesús, cuyo superior era á la sazón el Padre Lachaise, confesor del rey y el cual invirtió cuantiosas sumas en mejorar aquella propiedad tan pintoresca.

Monte-Luis, á la espulsion de los jesuitas en 1763 de los dominios franceses, fue vendido en subasta pública, destinándose su producto á la estincion de parte de los débitos contraídos por su anterior dueño; por manera que, en una transicion frecuente y sucesiva, la finca fue pasando de mano en mano, si bien conservando siempre su nombre del Padre Lachaise, hasta que por último Mr. Frochot, prefecto del Sena, la adquirió por orden de Napoleon I, y con destino á su actual uso de cementerio público, en virtud de un decreto imperial.

Los trabajos dieron principio inmediatamente bajo la direcciu y cargo de Mr. Brougniart, por manera que, merced á la celeridad y perseverancia que se desplegaron en la empresa, el cementerio estuvo ya en disposicion de que el 21 de mayo del propio año pudieran trasladarse á sus respectivos nichos monumentales los restos de Lafontaine, Beaumarchais, Moliere, Hussey, Hugo Theran, Mlle. Cebray y de otros personajes ilustres.

IV.

El cementerio propiamente dicho se divide en tres grandes departamentos. El de la izquierda se halla destinado á la plebe, conteniendo la fosa comun y varias series de nichos de un orden ínfimo: el de la derecha, cuya puerta da frente á la calle de San Andrés, y que separado del centro por una espesa tapia, pertenece á los israelitas; y el tercero, en fin, que ocupa el punto central, está destinado á las notabilidades sociales, como un asilo privilegiado de todo mortal que se ha hecho célebre en esta vida, por sus riquezas, por su posicion, por su virtud ó por su ciencia, estableciendo así una especie de pacto aristocrático entre las condiciones de la escala social, sellado con ese testimonio supremo de ultra-tumba.

Por lo demás, observado á primera vista y sin miras

filosóficas, el Padre Lachaise está muy lejos de contristar la vista; y como ya dijimos, mejor que cementerio parece un vasto jardín artísticamente decorado por monumentales grupos de mármol; y en medio de este laberinto de tumbas cubiertas de arrayan y rosales, de jazmin en flor y de clemátidas, de bosquecillos de flores, de naranjos, de olmos y cipreses de murta caprichosamente recortados, abismase el pensamiento, el corazon parece dilatarse en un círculo de consideracion profunda, y espláyase el alma, tomando aquel lugar fúnebre por un sitio de puro recreo y esparcimiento.

Paseais por magníficas calles esmeradamente enarenadas de menuda grava, entre hileras doblemente alineadas de acacias, plátanos y terebintos, que conducen á una plazuela rodeada de tientos de flores en forma de jarrones etruscos, y desde cuyo punto descúbrense el vasto horizonte y el bello panorama que le ameniza.

De una parte la gran ciudad, inmenso laboratorio de crímenes, agitada por mil pasiones, como un prolongado rugido delirante y frenético; de otra la vasta y ondulante campiña, muerta, solitaria como el desierto, con sus castillos arruinados, sus quintas pintorescas como villas romanas, sus blancos caseríos, sus poblaciones y alquerías entre bosques de olivos y frutales, como bordaduras en relieve, bañado todo por el sol ó envuelto en las nieblas como un sudario flotante; en lontananza las colinas de Meudon y de Saint-Cloud cierran en perspectiva el horizonte, donde proyectan sus vagos recortes, diseñando los vagos perfiles de los apizarrados techos inclinados de sus campanarios y cúpulas, cuyas agujas se hunden, perdiéndose en el profundo cénit, mientras que hácia la izquierda las torres de Vincennes dibujan sus denegridos espectros, como un recuerdo de la edad media y en opuesto contraste á las dos columnas monumentales de la barrera del Trono, que marcan hácia la derecha los límites del París moderno.

V.

Y si de este horizonte poético descende la vista para fijarse de nuevo en esa vasta necrópolis, al través de aquel laberinto selvático que á tan diversas consideraciones se presta... ¡oh! ¡cómo se abisma el espíritu en ese cuadro de solemne elocuencia!

Allí yace todo cuanto de grande, poderoso y rico ha existido durante medio siglo en Francia y otros puntos; las mas brillantes glorias del imperio duermen el sueño eterno junto á las mas insignes celebridades de las restauraciones; los mayores campeones de las repúblicas con las mas altas eminencias despóticas; un monumento gótico trasportado del Paraclito encierra las cenizas de Eloisa y Abelardo, esa ardiente epopeya del amor contrariado en vida, purificado por el martirio y santificado por la muerte por una triste compensacion providencial del destino.

Un simple monumento con una escultura que representa un zorro, contiene los restos de Lafontaine, cerca del cual el gran Moliere, inhumado sin pompa á media noche, reposa en tierra santa, así como tambien Bernardino de Saint-Pierre, Parvy, Delille, La Harpe, J. Chenier, Mlles. Duchesnois, Mars y Clairon, los artistas Talma y Potier, los poetas Beranger, Piccard, Desaugiers, Beaumarchais y el novelista Federico Soulié, sobre cuya huesa solo se alza una humilde cruz de encina.

En otra seccion sigue la pléyada de los compositores y músicos, tales como Gretry, Méhul, Bellini, Herold, Bordieu, Cherubini, Chopin y Wilhelm, etc. A continuacion figuran los filósofos Benjamin Constant, Destutt-Tracy y Royer-Collard; los diplomáticos Casimiro Perier y Cambaceres, con otros nombres ilustres, etc.

Mas lejos se alzan las tumbas de Laplace, Monge, Fourcroy, Jorge Cuvier el naturalista, Chaptal, Lavoisier, Francisco Arago, Labedoyere, el mariscal Ney, rodeada esta de una verja de hierro: el almirante inglés Sidney Smith, que defendió á San Juan de Acre contra la invasion francesa, reposa asimismo junto á los generales del Imperio; y en toda esta mescolanza fúnebre, apagado reflejo de eclipsadas glorias, no siempre va unida la magnificencia artística al mérito que representa: el pintor David solo tiene un simple medallón sobre el sepulcro, Dulong, esa gran celebridad química, Poisson, el gran matemático, Siccard, el benéfico inventor de la enseñanza de sordo-mudos, el doctor Gall y el mismo Balzac, ese terrible intérprete de las pasiones y que ha disecado el corazon humano con un escalpelo siempre oportuno; todas estas insignes notabilidades, entre otras muchas, solo tienen una piedra tumularia toscamente labrada, como hito fúnebre de su mansion suprema en esta tierra de vanidad y lucha.

Sin embargo, no es decir que se note allí la ausencia del buen gusto artístico, pues que aun en medio de la sencillez que predomina en aquel vasto sistema funerario, el entusiasmo y el afecto, mas bien que la vanidad, han estampado allí su huella, estableciendo cierta competencia, cuyos rasgos no dejan de aparecer en alto grado sensibles: obras de primer orden en escultura, elévanse sobre algunos monumentos soberbios, parto sublime de la vanidad humana y que reve-



LA ALONDRA.



EL SEÑOR GILLENOMARD.

lan al propio tiempo la inspiracion del artista : modelos en su clase son principalmente los del mariscal de Saint-Cyr, por David d'Angers, de Suchet y del general Foy, costeados á espensas de una suscripcion nacional; sobre el sepulcro del escultor Castelier, nótase un precioso genio alegórico, que es la obra maestra de Mr. Rude, y por último, si sentís un verdadero entusiasmo por las glorias artísticas, reparad ese grupo que guarda los restos del poeta alemán Ludovico Böern y en el cual el cincel feliz de David d'Angers ya citado, ha esculpido un llamamiento elocuente á la fraternidad de los pueblos cultos.

VI.

Junto á ese fastuoso lujo que disfraza una realidad tan triste, última ilusion de la locura humana, otras muchas tumbas de aspecto superficialmente magnífico que sorprenden las miradas del vulgo, están muy lejos de merecer la atencion del verdadero artista, y de evocar recuerdo alguno memorable; y si entre esa multitud de monumentos fúnebres, si entre esa inmensa coleccion de nombres oscuros y desconocidos en los anales del mundo, que han atravesado, cual raudas y fugitivas sombras que apenas dejaron huella de su tránsito, observais algun epitafio extravagante ó necio, respetad á ese pasajero errante, cuya intencion ha sido pura al dictarlo su corazon sincero y que acaso ha ido á orar sobre la tumba de su padre ó de otro ser querido.

¡Ay! ¡cuanta elocuencia revelan esos mismos sepulcros sin nombre! La gloria solo es un simple accidente en la vida humana; y ¿es preciso acaso que ese hueco fantasma nos preceda hasta el último extremo con sus palmas con sus coronas y sus estatuas?

No, los laureles petrificados por la muerte no hacen rebrotar la sávia vital, ni pueden reverdecer de nuevo, mustios por el soplo mefítico del sepulcro; el destino ha paralizado el curso de esa misma vida, operando una restitution lógica y providencial, que es el débito de la naturaleza hácia su elemento, y ese tropel de fantasmas vanos no alcanza á esclarecer un solo pliegue de ese tenebroso sudario, bajo el cual se eclipsa ese agitado accidente de la vida humana, terminado por una escena trágica en su desenlace.

Una capilla se alza en medio del cementerio, atrayendo como un punto central y consolador las miradas contristadas del viajero. La religion es allí, como en todas partes el iris benéfico del alma del creyente, que

respondiendo á sus inspiraciones, la invoca. ¿Qué fuera del hombre sin esa estrella que brilla fulgente y pura en el horizonte de su esperanza, como un faro luminoso que concentra las mas gratas aspiraciones de la criatura y las encamina al cielo, del que se constituye intermedio?...

VII.

Tales son, pues, los cementerios de Paris; tal es el Padre Lachaise.

Por lo demás, observados bajo cierto punto de vista, con sus bosques, sus obras de escultura y estatuaria, y su armónico conjunto tan admirablemente combinado, esos sitios amenizados por tanto accesorio, están muy lejos de inspirar la terrible impresion que ordinariamente suelen revelar los de su clase, como consecuencia inmediata de ese profundo horror de que la liturgia católica rodea siempre á la muerte. Sobre todo, el del Padre Lachaise, repetimos, mas que cementerio, se parece á un laberinto de arboladura y flores, decorado de estatuas y escultura, como un museo, y en el cual, como para hacer resaltar mas las bellezas naturales y artísticas, alguna humilde tumba alza su pobre cruz sobre la piedra tumularia, como una triste ironía preparada por una mano atrevida, como una profanacion sacrilega y burlesca en aquel sitio santificado por la religion y por la muerte.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

LOS MISERABLES

POR

VICTOR HUGO.

Continúa publicándose esta importantísima obra. Se han repartido 49 entregas y dentro de pocas dias quedará concluido el primer tomo de esta edicion que contiene dos de la edicion francesa.

Toda la obra constará de 5 tomos.

Las láminas que la ilustran son de lo me-

yor que se ha hecho en madera, impresas aparte del testo. En esta página van dos de nuestra.

El retrato del autor grabado en acero se publicará en este primer tomo.

Continúa abierta la suscripcion en los puntos mismos que al MUSEO UNIVERSAL.



AVISO.—Segun las condiciones establecidas, á los suscritores á EL MUSEO UNIVERSAL que optaron por el Año Cristiano, se les remitió con el número anterior el tomo 3.º

A los suscritores á las Obras de Chateaubriand, se les remitió el tomo 3.º

A los suscritores á Los Tres reinos de la naturaleza, se les remitió el tomo 4.º

A los suscritores de la Historia general de España, se les remitió el tomo 3.º

A los suscritores á La Santa Biblia, se les remitió el tomo 3.º

A los suscritores á las Causas Célebres, se les remitió el tomo 3.º

Los suscritores que quieran recibir el completo de las obras pueden hacerlo abonando su importe.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.